

Las Reuniones de Luis Alberto de Cuenca

Julio César Galán

0. Pórtico del anfitrión

Comienza esta antología con una «Nota del autor» en la cual se apuntan un par de asuntos importantes: el orden cronológico de los poemas presentados y los inéditos que se incluyen, «escritos en verano de 2009». Si echamos la vista atrás, observamos que se manifiestan en torno a Luis Alberto de Cuenca distintas recopilaciones: *Poesía 1970-1989*, *Los mundos y los días (Poesía 1972-1998)*, *Embrujado jardín (1970-2010)*, además de otras de carácter temático como *El cuervo y otros poemas góticos*, *La mujer y el vampiro*, *Su nombre era el de todas las mujeres y otros poemas de amor y desamor* o *Vamos a ser felices y otros poemas de humor y deshumor*. Estas últimas nos muestran las predilecciones temáticas de un autor que se presenta a golpe de claridad y fidelidades, dos rasgos que normalmente saben crear estilo en quien sabe utilizarlos, sobre todo en aquellos tiempos de cambio que fueron los primeros años ochenta. En aquel momento el culturalismo empezó a tomar vías más depuradas, más sencillas y algunos de aquellos poetas comenzaron a desarrollar esa mezcla tan fructífera de lo culto y lo popular, del cómic y el barroco en su modalidad satírica e irónica, de filología y vida.

Esta reunión de poemas titulada *Por las calles del tiempo [Antología personal, 1979-2010]* se manifiesta, en un principio,

Luis Alberto de Cuenca: *Por las calles del tiempo [Antología personal, 1979-2010]*, Renacimiento, Sevilla, 2012.

con los textos de *Caja de plata* (1985) y recorren diversos libros, entre los que se encuentran *El otro sueño* (1987), *El hacha y la rosa* (1993), *Por fuertes y por fronteras* (1996), *Sin miedo ni esperanza* (2002), *La vida en llamas* (2006), hasta *El reino blanco* (2010). Toda antología despliega una afirmación de las convicciones de la trayectoria de un autor y en este caso, Luis Alberto se refleja con gran acierto en sus múltiples obsesiones.

1. Vital y algo sombrío

Empecemos por la primera cuestión y que ha sido tratada de manera continuada por la crítica: ya no el amor, que también es una constante, sino un agradable y sugerente modo de entrar y salir del mundo, me refiero a ese *vitalismo* que se transmite por medio de diferentes caminos y poemas. Un ejemplo lo tenemos en esa actitud erotizante (otra muestra sobresaliente: José María Fonollosa), en ese impulso nutritivo de la fe en todo lo viviente, en la pasión por los libros en su forma bibliófila; pero con una vuelta de tuerca: «la ironía erótica» y otras derivaciones como la ironía épica «en mixtificación entre la epopeya subjetiva y una rara lucidez vitalista». Y todo esto va cogiendo su cuerpo a través de diferentes poemas, ahí está el asunto amoroso: «Pequeño amor mío», «Sin miedo ni esperanza» o «Vamos a ser felices»; la esencia dinámica y energética en «Vive la vida», «Bébetela», «Elogio de la pena»... Otra derivación de ese vitalismo se aloja en esa asiduidad paciente que es la esperanza en lo divino, en lo divino cristiano y que lo liga a otros poetas como Miguel d'Ors y más atrás a Leopoldo Panero o Miguel de Unamuno. Un claro patrón de esta materia reside en el texto «Religión y poesía», en cuyo fondo está Paul Claudel: «Mi religión, o sea, la católica, [...] Feliz quien, al amparo de la fe,/ escribe poesía desde el júbilo,/el drama, la alabanza y el sentido». Todas estas cuestiones siguen abriendo sus círculos y ensanchan las visiones sobre las vivencias personales por medio de la transformación de lo real en maravilloso, es decir, en más real, y viceversa. Y esa otra realidad más viva, a veces, que la callejera, llega de la mano de lo fantástico, pero en la tradición de Borges, Cortázar, Bécquer o Lovecraft. Y

he aquí otra de las superaciones de cierta epigonalidad que se ha dado en esa línea clara, que nos ofreció grandes frutos y también pequeñas rémoras. Es en este lugar estético de lo extraño y asombroso en donde se encuentran uno de los mejores rostros de su estilo, que se ramifica y se concreta en lo fúnebre y en lo gótico. Esa literatura sombría se propaga mediante los versos de «El cuervo», en el que lo oscuro procede de la soledad y la compañía de los libros, de la pérdida de los mismos y la ausencia del amor. Este poema me sirve de excusa para seguir hilando mi traje crítico y ahora estamos en la manga de la intertextualidad (en sus diversos niveles), que con tanta hermosura y acierto se exterioriza. Ese aspecto significativo y seminal se documenta por medio de la reflexión del propio autor sobre ello en cuanto a *reescritura*, convirtiendo el yo poético en múltiples voces y ecos. Esta concepción de la creación del poema a modo de palimpsesto implica, sobre todo, como se sabe, los siguientes conceptos: «diálogo» o «tradición»; pero en Luis Alberto de Cuenca y en toda su obra destaca por representar el nexo de unión entre lo cotidiano y lo culto. Si nos dirigimos a *Por las calles del tiempo* y escogemos un poema, nos podemos topar con «Shakespeare y Rita», sobresaliente este texto por diversas razones: no hay excesivas digresiones culturales; no se extiende excesivamente, conservando así su intensidad de baja y sugerente frecuencia; la mezcla tan atractiva de lo colectivo y lo personal se manifiesta de manera fluida, y por lo tanto, la sencillez y la claridad agradan los deseos de los lectores habituales y no tan habituales; por último, podemos precisar que todo el conjunto se concreta en una serie de asociaciones que muestran su verdadera existencia: esa trabazón, esos puntos de encuentro, entre vida y literatura. Pero ese poema tiene otros hermanos y hermanas: el esplendido y bien trenzado «El pájaro negro» con sus destellos finales en forma de consejo o también, entre otros, «A Alicia, disfrazada de Leia Organa», en el que la fusión métrica clásica (soneto de rimas abrazadas), su exteriorización en canción interpretada por Loquillo, su romanticismo amoroso y su pasión cinéfila personifican el mejor ejemplo del discurso estilístico del escritor madrileño y de esta antología.

2. Mitologías y otros sueños

¿Podemos decir que toda poesía es una forma de mitomanía y de mitología? La palabra «mito» acoge diferentes significaciones que pueden entrelazarse: *diálogo, relato, palabra, historia*, etc. Hace tiempo, exactamente el diecisiete de abril de 2000, Luis Alberto de Cuenca expuso lo siguiente: «No hay duda de que la función más preciosa de la literatura consiste precisamente en anular ese tiempo personal y terrible que nos va eliminando poco a poco. Y en recobrar a cambio la intemporalidad de los «comienzos». O, por los menos, en intentarlo. Desde esa perspectiva, lenguaje mítico y lenguaje poético se confunden». Anteriormente he aludido a este tema y me gustaría recobrarlo e insertarlo aquí por su esencialidad y sus propiedades nutritivas a lo largo de su trayectoria poética. En un principio, dentro de *Por las calles del tiempo*, como en el resto de su obra, se producen varias conjunciones entre mito y poesía: la necesidad de ambos, su relación estrecha con lo religioso, el «hálito vital» de lo mítico-poético y su creencia sin porqué ni dónde o su marca de irrealidad, de fantasía, a pesar de venir de lo cotidiano. Todos estos rasgos pululan por aquí y por allá en todos sus poemas, se abren en lo grecolatino y en el cómic. Pero toda esta apertura no representa una desacralización, ya que se trata de una nueva consagración, una nueva presentación de los objetos de culto. Lo que ocurre es que esta apreciación del mito funde lo sagrado con lo pagano. Todo gran poeta aparece como un creador o rejuvenecedor de mitos; al forjar estilo, se forjan mitologías y en la recopilación antológica de *Por las calles del tiempo* ambas presencias se reflejan, siempre en línea transparente, a partes iguales. Termino con una demostración, el poema «Nausícaa»:

El mar de Homero ríe para ti,
te acodas desnuda en la baranda
en busca de aire fresco, con la copa
de néctar en la mano, mientras vienen
y van los invitados por la fiesta
que has dado en el palacio de tu padre.

El aire puro inunda tus pulmones
y el néctar se te sube a la cabeza.
Llega el hombre de tu vida
a la terraza. Es una hermosa mezcla
de fortaleza y sabiduría.
Ulises es su nombre. Tú no ignoras
que pasará de largo. Ya soñaste
su desdén tantas veces...Pese a todo,
el brillo de tus ojos insinúa:
«No me canso de verte.» Y tus oídos
reclaman: «Háblame, dame palabras
para vivir.» Y con el sexo dices:
«Dueño mío, haz de mí lo que te plazca.»
Todo es entrega en ti, dulce Nausícaa.
Pero él está aburrido de la fiesta,
perdido en el recuerdo de la patria,
y no se fija en ti, ni en ese cuerpo
de diosa acribillado de mensajes
que nunca llegarán a su destino.